

## La Cocina de Lacantera Freudiana: “No hay relación sexual”

9 de Abril de 2015

Palabras de **Jorge Reitter**

Quiero, para empezar, decir algo sobre mi experiencia como lector de Lacan, y sobre los efectos que veo de la transmisión de su enseñanza. Hay muchos autores que son muy difíciles de leer, pero no he visto nada se parezca al efecto que produce la lectura de Lacan. Es común que lleve mucho tiempo de lectura entender lo que quiere plantear un autor, pero a la larga uno se puede hacer una idea de lo que quiere decir, puede estar de acuerdo o disentir.

Con Lacan, a mi juicio, pasa algo distinto: en una buena medida, una medida mucho mayor de lo que yo quisiera, nos obliga a *adivinar* lo que está diciendo. Y eso se debe, hasta donde yo lo capto, a tres factores: la enorme ambigüedad de muchos de sus enunciados, la sorprendente falta de definiciones de conceptos claves, y a la permanente referencia a fuentes que no cita.

En cuanto a lo primero, sus escritos y sus seminarios están repletos de frases de las que es imposible decir si uno está o no de acuerdo, porque quedan en una ambigüedad que da para *demasiadas* interpretaciones. Son frases que dan lugar a eternos debates sobre si quieren decir esto o aquello, sin que sea posible ninguna conclusión. Claro, acá no faltará quien salte y me diga que yo quiero un lenguaje sin equívoco, pero no es para nada a eso a lo que me refiero, no estoy hablando de una cualidad del lenguaje en general sino de un rasgo del estilo de Lacan.

De la falta de definiciones sólo voy a dar dos ejemplos en cierto sentido opuestos. Dice tantas y tan contradictorias cosas respecto del falo, que cuando se habla del mismo uno nunca sabe muy bien de qué se está hablando. Claro que se podría argumentar que tal vez sea *yo* el que no entiende lo suficiente, pero como también tenía esa duda me ocupe muchas veces de interrogar a colegas cuando se estaban refiriendo a ese concepto, e inexorablemente me encontré que se estaban nombrando las cosas más contradictorias, y muchas veces incoherentes, en el supuesto “diálogo”, y que sin embargo cada uno podía invocar alguna cita lacaniana. Si falo está definido de demasiados modos, debo decir en

cambio que cuando me puse a investigar este tema del “no hay relación sexual” y de las llamadas fórmulas de la sexuación quise aclararme a qué llamaba Lacan “función fálica”. Gracias a la digitalización de los escritos y seminarios pude hacer una búsqueda exhaustiva, y aunque parezca increíble nunca, *nunca*, da una definición de qué entiende él por función fálica. ¿Cómo se puede pensar sobre esa base? Entonces estoy obligado, si quiero avanzar con la lectura y no tirar el seminario a la basura, a *adivinar* qué está queriendo nombrar de ese modo.

En cuanto a la falta de referencias, directamente me parece una cuestión de falta de honestidad intelectual, y que junto con los otros dos rasgos de su estilo, tienen el efecto de coartar la libertad de pensamiento del lector, al no darle los elementos para hacer su propia lectura de las fuentes. No nos olvidemos que Lacan y Miller (¡y no sólo Miller!) decidieron publicar los seminarios sin el aparato crítico de citas, referencias y notas que cualquier edición sería de una enseñanza oral incluye.

Ahora bien, tengo mi propia idea acerca de cómo juega en esto el deseo de Lacan. Creo que así como es muy evidente que Freud se identificó a Moisés, Lacan se identifica con Joyce y su deseo de que los universitarios lo lean por al menos trescientos años, que nos ocupemos de lo que él quiso decir. Veo algo muy sufriente en Lacan (al igual que en Joyce), y si bien como analistas no es raro que nos guste ocuparnos de qué quiso decir un sujeto, eso tiene un límite, al menos para mí. No pienso dedicarle trescientos años.

Y sin embargo acá estoy, ocupándome de un aforismo lacaniano, tratando de entender qué quiso decir. Como analista de mi generación, es mi destino, no puedo soslayarlo, pero puedo intentar no quedarme ahí. Si le formulo estas críticas no quiere decir que no le reconozca su genialidad, que no me reconozca deudor de su enseñanza y que mi clínica no tenga una fuerte impronta lacaniana. Pero me parece importante puntuar estas cuestiones para evitar dos peligros contrastantes, una suerte de Escila y Caribdis. Por un lado ese estilo de Lacan puede llevar a la impostación de un saber, suturar lo que no se entiende con una suerte de pose; por el otro el riesgo es cargar sobre uno mismo una supuesta ignorancia que pone a la cuenta del lector las limitaciones del texto, no lo que uno ignora sino lo que en el texto mismo queda en la ambigüedad, postura que lleva o a postergar la comprensión para un futuro que nunca llegará, el de “cuando haya leído lo suficiente”, o a suponer el saber en

la figura de otro, un maestro que sería el verdadero intérprete, el sacerdote de la enseñanza lacaniana.

Lo que sigue será entonces lo que llevo a pensar por el momento respecto de este aforismo lacaniano, teniendo en cuenta mis limitaciones y la de los textos disponibles.

Qué quiso decir Lacan con su aforismo y con sus fórmulas de la sexuación es sólo una parte de lo que me interesa. Hay otros puntos que me resultan tanto o más importantes: ¿qué uso se hace de esas ideas y esas fórmulas? ¿Dentro de qué estrategia funcionan respecto a eso que llamamos sexualidad? ¿Qué efecto producen en lo que Foucault llamaba “el dispositivo de la sexualidad”? ¿Forman parte de lo que Judith Butler llama la “violencia de las normas de género”, o son una herramienta más para contrarrestarla? Aunque estas últimas preguntas están mal formuladas, porque se podría suponer que el planteo lacaniano sobre la sexuación constituye en sí mismo una estrategia definida, cuando lo que cuenta es el uso que se le da en cada coyuntura.

Las famosas fórmulas se dividen en un lado mujer y un lado hombre, lo cual ya plantea enormes y difíciles preguntas: ¿sostienen las fórmulas de la sexuación y toda la teoría que las sustenta el binarismo de géneros que está en la base de la violencia que Butler denuncia? Además de interesarme las dificultades en relación al goce erótico de hombres y de mujeres, me interesa las travestis, las y los transexuales, las lesbianas, los gays. ¿Entran ellos en las fórmulas de la sexuación, o quedan del lado de las vidas ininteligibles, con su costo en sufrimiento, depresión, marginación y muchas veces muerte? Toda la diversidad de la vida sexual, ¿cabe en los dos campos de las fórmulas de la sexuación<sup>1</sup>?

Aunque evidentemente no agotaré ni remotamente tantos interrogantes en un solo trabajo, me parece importante diferenciar “lo que Lacan quiso decir” de los usos que se hacen en el lacanismo de su enseñanza. Una manera de resumir mi interrogación en este momento podría ser plantear la pregunta: ¿hay un Lacan *queer*?, es decir, ¿hay un Lacan que no psicopatologice aquellas formas de la sexualidad que no responden a la norma heterosexual? Pero aunque se la respondiera por la afirmativa, eso deja abierta la cuestión si el uso que se hace de su enseñanza es también *queer*, son dos cosas bien distintas. Está

---

<sup>1</sup> La definición de la palabra “sexuación” no parece jugar a favor de una visión queer en este punto. El diccionario Larousse la define como “conjunto de fenómenos de orden biológico o simbólico que conducen a un sujeto a reconocerse como perteneciendo a un sexo o al otro”.

claro que no voy a poder responder exhaustivamente todos esos puntos, pero son las preguntas que orientan mi lectura.

Entrando ahora en el tema del provocativo “no hay relación sexual”, diría que la idea ya estaba en Lacan mucho antes de que formulara el famoso aforismo, cuando se oponía a la teorización de sus colegas franceses y su “objeto genital”. Bouvet, en un capítulo del libro colectivo *La psychanalyse d'aujourd'hui* hablaba de “esa adaptación tan feliz al mundo que se llama la relación de objeto genital y que da a todo observador el sentimiento de una personalidad armoniosa y al analista la percepción inmediata de una suerte de limpidez cristalina del espíritu”. Esto, por supuesto era en oposición a los “pregenitales”, a los “perversos”, cuyas pulsiones “marcan esa necesidad de posesión incoercible, ilimitada, incondicional, que comporta un aspecto destructivo”. Tristán e Isolda psicopatologizados. Ante ese planteo, claramente Lacan era un autor *queer avant la lettre*. Desde el comienzo, y por efecto de su concepción del significante, Lacan se opone a cualquier idea de que el análisis pueda conducir a una relación armoniosa, acabada, de ajuste perfecto y sin fallas. La ley de la comunicación es el malentendido, había dicho, ¿cómo quedaría la vida erótica al margen? Lacan señalaba cómo había un movimiento que caracteriza “en su conjunto el progreso de la reflexión analítica” (se está refiriendo a esos colegas y compatriotas) y “que consiste en reducir los orígenes paradójicos del deseo para mostrar su convergencia hacia un fin de armonía”<sup>2</sup>

No sólo cuestionará la idea de una relación de objeto genital, sino que cuestionará el concepto mismo de relación de objeto, a partir de la introducción de lo simbólico como un registro autónomo que determina que la relación del hombre con el mundo está completamente alterada por efecto del lenguaje. O mejor dicho que la presencia del lenguaje crea la realidad para el ser humano, una realidad en la que no hay ninguna posibilidad de una soldadura entre las palabras y las cosas.

Gran enseñanza de Lacan, a mi juicio, en la medida en que sitúa un horizonte posible para el análisis: soportar esa falla estructural, es decir insalvable. Por el contrario, tener como ideal una relación acabada, sin fallas, sólo puede reforzar la neurosis y sus mandatos

---

<sup>2</sup> Jacques Lacan, Seminario VII, La ética del psicoanálisis, Editorial Paidós, página 13.

superyoicos. Se trata de saber hacer con ese malentendido inevitable, y no de intentar (inútilmente, claro) saldarlo.

Hombres y mujeres son diferentes.

Esto parece en primera instancia una verdad incuestionable, parece incluso que esa es La diferencia. Sin embargo, cuando se mira atentamente, esa verdad incuestionable empieza a mostrar sus fisuras, y da mucho para pensar.

En primer lugar, ¿en qué consiste esa diferencia? En este punto va a ser ya mucho más difícil ponerse de acuerdo. ¿Cómo “son” las mujeres? ¿Cómo “son” los hombres? Acá podríamos estar discutiendo durante horas sin llegar a ningún acuerdo, aunque persiste la idea de que alguna diferencia debe haber. ¿Y dónde radica esa diferencia? ¿Qué es lo que hace que una mujer sea una mujer, y que un hombre sea un hombre? Pero, ¿una mujer es siempre una mujer, un hombre es siempre un hombre? ¿En dónde radica la feminidad de la mujer, la masculinidad del hombre?

Entre los que se ocupan de este tema de lo femenino y lo masculino se dieron dos posiciones básicas, el esencialismo y el constructivismo. Para el esencialismo, generalmente más ligado a posiciones biologicistas, hay, tal como su nombre lo indica, una esencia femenina y una esencia masculina. Digamos que para esta tendencia se nace mujer o se nace hombre, y todo lo que no responde a esa esencia será considerado patología. Desde luego que esta posición sostiene como esencial el continuo sexo-género-sexualidad. Por el contrario, el constructivismo sostiene que mujer y varón son “géneros” contruidos, y que nadie nace mujer o varón, sino que, básicamente en función de parámetros culturales (las posiciones constructivistas están más ligadas a las ciencias sociales) se construyen las “identidades” femenina o masculina.

La teoría *queer*, por su parte, radicaliza la posición constructivista y plantea que no sólo no hay ninguna esencia de lo femenino o de lo masculino, sino que ya masculino y femenino como categorías excluyentes constituyen un binarismo coercitivo que no permite pensar la diversidad de cuerpos, de identidades de género y de sexualidades.

Es un debate eterno que supongo no tiene ninguna posibilidad de ser zanjado definitivamente, ya que aún el más construccionista en algún momento pensará en términos

esencialistas, y viceversa. Tal vez suceda similar a lo que ocurre con la luz, que según el contexto se manifiesta como partícula o como onda.

¿Cómo situar las fórmulas de la sexuación de Lacan en este debate? Plantean un lado hombre y un lado mujer, lo cual parece situarlas del lado del sostenimiento del binarismo de géneros: o se es hombre, o se es mujer, tercero excluido. Para colmo el cuadro asocia masculino a afirmativo y femenino a negativo, poniéndose aparentemente del lado de los valores más tradicionales asociados a la polaridad de los sexos. Si las fórmulas de la sexuación se leen (como frecuentemente se hace) como la escritura de una esencia de lo masculino y de una esencia de lo femenino, tendremos una lectura esencialista de las fórmulas de la sexuación, una lectura a la que en cierto sentido se prestan.

La cuestión de la esencia está incluida en las fórmulas de la sexuación, bajo la forma de la universal, donde aparece en relación/oposición con la existencia, ligada a la particular. “La universal afirmativa enuncia una esencia. En el pasado insistí bastante seguido acerca de qué se trataba en el enunciado *todo trazo es vertical* y que es perfectamente compatible con esto: que no exista ningún trazo. La esencia se sitúa esencialmente en la lógica. Es puro enunciado de discurso.<sup>3</sup>”.

Para entender adónde apunta Lacan en relación a esta cuestión tenemos que darnos un paseo por Aristóteles y su lógica, ya que el cuadro lacaniano es una reescritura del cuadrado lógico que inventa Apuleyo para estudiar la oposición de los juicios. Recordemos que el cuadro de Aristóteles-Apuleyo, al igual que el de Lacan, ponen en relación los cuatro tipos de juicios: universales afirmativos y negativos y particulares afirmativos y negativos.

La modificación que hace Lacan respecto del cuadrado aristotélico tiene una estrecha relación con la cuestión de la relación entre esencia y existencia. Digamos que el cuadrado lógico de Aristóteles apunta a derivar toda existencia de una esencia, en tanto que el esfuerzo de Lacan está puesto en generar una permanente contradicción entre el plano de los universales (de las esencias) y el de las particulares (de la existencia): en su cuadrado las dos particulares, la afirmativa y la negativa, contradicen a su respectiva universal, y por lo tanto, a la universal opuesta también. Esta diferencia se basa en el modo en el que cada

---

<sup>3</sup> Jaques Lacan, Seminario XVIII, D'un discours qui ne serait pas du semblant, pag. 109, Éditions du Seuil (traducción mía)

uno decide entender las particulares, cierta ambigüedad que se puede dar en la palabra “algunos”, que puede entenderse lógicamente de dos modos diversos. Por un lado puede entenderse como varios, incluso todos, a eso se llama particular mínima; o, por otro lado, como algunos, pero no todos, y a eso se denomina particular máxima.

Aristóteles, según cuentan tras muchas vacilaciones, termina optando por la particular mínima, porque es la única que le permite plantear cualquier caso particular como la ilustración de una universal, de una esencia. Lacan, como ya habrán supuesto al escuchar ese “no todos”, opta por la particular máxima. De ese modo se deconstruyen las esencias al impedir la formación de universales consistentes, en la medida en que en los dos lados de las fórmulas la universal está en contradicción con su respectiva particular (y también con la opuesta).

¡Entonces tenemos un Lacan queer! (O, si ustedes prefieren, una lectura queer de Lacan) en la medida en que opta por una lógica en la cual es imposible plantear cualquier esencia de lo masculino o lo femenino que sea consistente. Y al no haber universales consistentes... no hay posibilidad de una relación lógicamente definible.

Es por eso que Lacan puede hacer esta de otro modo extraña afirmación en el seminario ... o peor: “(...) esa bipartición a cada instante huidiza del hombre y de la mujer: todo aquello que no es hombre sería mujer, tenderíamos a admitir. Pero dado que la mujer es no toda, ¿por qué todo lo que no es mujer sería hombre?<sup>4</sup>”. Si los conjuntos tuviesen universales consistentes la negación de mujer sería hombre, porque ambos, hombre y mujer, serían subclases de un conjunto consistente y por lo tanto cerrado; y regiría la ley del tercero excluido. Habría universo de discurso.

Y sin embargo... siguen rigiendo los *dos* lados de las fórmulas de la sexuación. Si bien *lógicamente* no está excluido un tercero, o un cuarto, y así, de eso no se habla, sólo se sigue hablando del lado hombre y del lado mujer. ¿Cabe todo allí? Tengo mis dudas, y no son las únicas.

Por ejemplo: en la última cita Lacan pone la objeción a la consistencia en el *no toda* de la mujer. Sin embargo, el lado masculino tampoco es lógicamente consistente, ya que en ese lado también la particular contradice la universal. Y esto me lleva a una de las mayores

---

<sup>4</sup> Lacan, Seminario ... *ou pire*, sesión del 10 de mayo de 1972.

dudas que me despierta esta cuestión de las fórmulas de la sexuación. Se cita hasta el hartazgo que la mujer no está toda en el goce fálico, que para ella hay un goce más allá, y yo me pregunto: ¿hay un sujeto, hombre, mujer, travesti, transexual, bisexual, lesbiano, o gay que esté todo en el goce fálico?

Por supuesto esto llevaría a tratar de ponernos de acuerdo en qué nombramos como goce fálico, lo cual nos retrotrae al casillero uno, o sea a la enorme ambigüedad de Lacan y a la falta de una definición clara de a qué llama así. Si llamamos goce fálico al goce de completar al Otro, de aportarle lo que le falta, está claro que no hay sujeto que esté todo él sumergido exclusivamente en ese goce. Si llamamos goce fálico a “aquello que, en la estructura del sujeto, se impone debido al lenguaje y determinará al ser humano para que no pueda avanzar a sus satisfacciones salvo sumergiéndose en el lenguaje”, a “ese goce que articula el cuerpo y el habla, y enlaza definitivamente el placer sexual con el juego de los significantes”<sup>5</sup>, entonces ¿qué sería un goce no fálico? ¿Uno que no pasara por los significantes, uno que fuera directo a lo real? Si ese goce existiera, no se ve por qué exclusivamente las mujeres tendrían una relación con él. Además del problema no menor de determinar qué serían esas mujeres, siendo que Lacan deja bien claro que la inscripción en cada lado de las fórmulas no está determinada de ningún modo por la anatomía.

Sí estaría de acuerdo en que, por razones muy complejas que no se resumen exclusivamente en la anatomía, muchos varones están mucho más conminados que las mujeres a un rendimiento fálico, a la potencia, al poder, y que es muy común que su sexualidad quede mucho más restringida por ello mismo. También habría que decir que eso está ligado a los beneficios que obtienen de sostener ciertas posiciones en las relaciones de poder. Ahora, de ahí a que estén esencialmente impedidos de acceder a otros goces... no me parece. ¿Siguen siendo varones si acceden a otros goces? Y bueno, será un cuestión de definiciones, no de esencias.

Otra cuestión espinosa: por el lado de este supuesto goce femenino, de ese goce que no sería fálico, ¿reintroduciríamos la esencia de lo femenino que habíamos deconstruido por vía de la lógica?

---

<sup>5</sup> Guy Le Gaufey, El notodo de Lacan, Editorial Cuenco de plata.



Detengámonos ahora un momento en esa letra □ que da nombre a la función que se articula en las cuatro proposiciones, a la función *fálica*. “La función llamada del falo – que es, para decir la verdad, la más torpemente manejada, pero que está ahí, y que funciona en aquello que se trata de una experiencia, que no está solamente ligada a no sé qué que habría que considerar como desviado, patológico, sino que es esencial como tal a la institución del discurso analítico – esta función del falo vuelve, en lo sucesivo insostenible la polaridad sexual, e insostenible de una manera que volatiliza literalmente lo que hay de lo que puede escribirse de esa relación<sup>6</sup>”. Lacan insiste reiteradamente que lo que vuelve imposible la relación sexual, lo que hace insostenible la polaridad sexual, es el falo. Es curioso, ¿por qué el falo no sería el articulador, el mediador de la relación sexual? Después de todo uno podría imaginarse que así las cosas se acomodan de lo más bien: unos tienen el falo, otros lo reciben, y todos contentos. Una respuesta posible es que al ser el falo un significante que tiene relación con el pene<sup>7</sup>, pero que no es el pene, el falo puede desplazarse con completa independencia de la anatomía, generando toda la diversidad de la vida erótica, y haciendo entonces de obstáculo a toda idea de una armonía preestablecida entre los sexos.

Jorge Reitter

Abril de 2015

---

<sup>6</sup> Jacques Lacan, Séminaire XVIII, D'un discours qui ne serait pas du semblant, pag. 67 [Traducción mía]

<sup>7</sup> “El falo, al poner el acento sobre un órgano, no designa al órgano llamado pene, con su fisiología, ni incluso la función que uno puede, mi Dios, atribuirle con alguna verosimilitud, como siendo la de la copulación. Si uno se remite a los textos psicoanalíticos, apunta de forma menos ambigua a su relación al goce. Y en eso es que lo distinguen de su función fisiológica”. Jacques Lacan, Séminaire XVIII, D'un discours qui ne serait pas du semblant, pag. 67, Éditions du Seuil (traducción mía)